



Aysén sigue esperando una señal energética de verdad

La visita de la ministra de Energía, Ximena Rincón, dejó una sensación difícil de esconder en Aysén: la región esperaba definiciones estratégicas y recibió, más bien, una agenda de rutina. Algunas reuniones, referencias puntuales a problemas conocidos y anuncios acotados que, aunque relevantes para ciertas localidades, estuvieron lejos de responder la pregunta de fondo que hace años persigue a la región: ¿cuándo habrá una política energética pensada realmente para el desarrollo de Aysén?

Porque el problema energético en Aysén no es técnico. Es político y territorial.

Cada vez que se habla de crecimiento regional, diversificación productiva o atracción de inversiones, inevitablemente se llega al mismo punto: la región sigue operando con limitaciones estructurales en materia energética. Y mientras eso no cambie, cualquier discurso sobre desarrollo seguirá chocando con la realidad.

Durante la visita ministerial se habló de Guaitecas, de Tortel y de algunas iniciativas vinculadas a sistemas medianos. Temas importantes, sin duda. Nadie podría minimizar las necesidades concretas de comunidades que llevan años esperando soluciones básicas. Pero el problema es otro: Aysén necesita mucho más que respuestas focalizadas. Necesita una visión regional.

Y esa visión no apareció.

No hubo anuncios capaces de proyectar cómo la región podría fortalecer su capacidad energética para sostener nuevas actividades productivas, atraer industrias o incluso responder al propio crecimiento de sus ciudades y territorios rurales. Tampoco se percibió una hoja de ruta clara respecto al cambio de matriz energética ni una señal decidida sobre inversiones estructurales que permitan dejar atrás la lógica de sobrevivencia energética que históricamente ha marcado a Aysén.

Lo preocupante es que, en paralelo, comenzó a instalarse otro mensaje: que el Gobierno Regional debe asumir un mayor protagonismo financiero y operativo

en esta materia. Y aunque aquello puede sonar razonable desde la lógica de la descentralización, también deja en evidencia una tensión incómoda. Porque una región como Aysén difícilmente puede enfrentar sola un desafío que requiere planificación nacional, inversiones mayores y voluntad política sostenida.

Aquí no basta con pedir compromiso regional. Ese compromiso existe hace años. Lo que falta es que el Estado comprenda que la equidad territorial también se juega en la infraestructura energética.

Sin energía suficiente y competitiva no hay condiciones reales para expandir la actividad económica. No hay incentivos para nuevas inversiones. No hay certezas para industrias emergentes. Y tampoco hay capacidad para mejorar sustancialmente la calidad de vida de quienes habitan el territorio.

Ese es el problema de fondo que volvió a quedar flotando tras esta visita ministerial: mientras desde el nivel central se insiste en hablar de desarrollo regional, las decisiones estratégicas siguen avanzando a una velocidad que no conversa con las urgencias de territorios extremos como Aysén.

Y eso termina generando una frustración cada vez más evidente.

Porque la región no está pidiendo privilegios. Está pidiendo condiciones mínimas para competir, crecer y proyectarse. Está pidiendo que el discurso sobre descentralización deje de ser una consigna y se transforme en inversión concreta, planificación y prioridades claras.

La energía no es un tema secundario para Aysén. Es probablemente una de las bases más determinantes de su futuro. Y mientras eso no se entienda con la profundidad necesaria, las visitas ministeriales seguirán dejando fotografías, reuniones y declaraciones, pero muy pocas certezas sobre el camino real que se quiere construir para la región.

Aysén no necesita más diagnósticos. Necesita decisiones.